CHIRINOS, María Pía: *Antropología y Trabajos. Hacia una fundamentación filosófica de los trabajos manuales y domésticos*, Cuadernos de Anuario Filosófico, nº 157, Eunsa, Pamplona, 2002, 121 págs.

Clásica es la definición del hombre como animal racional y animal político. Clásica es también la distinción de su vida como contemplativa y activa. Clásica es la contraposición de sus quehaceres intelectuales y manuales. Clásica es la disociación del ámbito público y el privado. Con el pensamiento moderno, esta vida activa, el quehacer manual y la dimensión privada han quedado relegadas a lo monótono, irracional y asocial. La autora reflexiona en busca de una definición de trabajo que atienda al fundamento metafísico, gnoseológico y antropológico, y que supere las dicotomías clásicas. Los ocho capítulos de esta obra llevan a una conclusión: las actividades que por esencia reúnen las características de la definición prototípica son los trabajos manuales.

El libro parte de lo que históricamente se ha entendido como trabajo y su *status* cultural. Se ve que la sociedad actual necesita repensar el escaso valor que concede a los trabajos necesarios para hacer del hombre, un humano y de su sociedad, un hogar. Hay que resaltar aquí el novedoso punto de vista con que se abordan los siglos XVI-XVII. Comienza en el segundo capítulo un recorrido etnológico por los fósiles encontrados. "Evolución es un cambio *encaminado*" (p. 25): es un proceso de hominización de un cuerpo que se empeña por sintonizar sustancialmente con su inteligencia. Camina erguido, libera sus inespecializadas manos, se viste, pinta sus casas, produce herramientas: trabaja el universo, para ponerlo también al servicio de la especie. La racionalidad hominiza la naturaleza y humaniza la sociedad.

En el tercer capítulo se adentra en la clásica definición de hombre. Es un ser vivo. Comparte con todos los seres vivos unas funciones y se distingue en los órganos con que cada especie las satisface. Todas las especies vegetales y estrictamente animales emiten una respuesta, en espacio y tiempos distintos, de una forma instintiva y constante. El hombre es el ser vivo que realiza *desde* la racionalidad sus funciones: su respuesta es creativa y libre. El cuarto capítulo presenta la función propiamente humana y su órgano. En el siguiente, el fruto de todo ello: la *cultura objetiva*.

La autora define, con las diversas tradiciones filosóficas, las manos, como *organa organorum*, y el trabajo manual como "una actividad o función propia del alma racional y de los órganos específicos corporales que lo posibilitan" (p. 52). Se dice "trabajo" como función específica del hombre porque manifiesta lo propio del alma: su racionalidad; y "manual", porque en esa actividad se dan los ingredientes de la racionalidad tanto teórica como práctica y poiética. Lo desarrolla metafísicamente en los capítulos quinto a séptimo.

En ellos, la profesora Chirinos, de tres distinciones clásicas entresaca algunos datos que latían escondidos. Éstos revelan el valor del trabajo, especialmente del manual, para la perfección de la persona y, por lo mismo, para la humanización de la sociedad. A la luz de la distinción entre acto perfecto y *kinético*, derriba la frecuente comprensión de la vida contemplativa y del arte como lo más humano. A la luz de la distinción entre arte y técnica desvela la presencia esencial de la racionalidad en ambas, y de ambas en el trabajo manual. En éste se descubren las operaciones inmanentes, que distingue de las transeuntes, por las que la naturaleza del agente puede ser perfeccionada no sólo técnica sino también moralmente. En los dos últimos capítulos se explica ese necesario crecimiento moral del hombre. De las citas a un libro de MacIntyre, *Dependent Rational Animal*, son muy interesantes los comentarios que hace la autora sobre la condición creatural de todo hombre, que define su educación en virtudes. De esta forma se supera otra clásica distinción: las virtudes del hombre libre, político y las virtudes privadas. La profesora Chirinos apuesta por las segundas como condición de las primeras.

El entramado que enlaza las reflexiones de estos últimos capítulos es el descubrimiento de la esencial dimensión social del trabajo manual doméstico. "Ser, para los hombres —afirma R. Alvira—, es vivir como hombres" (p. 61). Y aprender a vivir como hombres se aprende desde los primeros meses de vida. En un entorno. Humanizar al hombre es cuestión de la familia. Y, por ende, los trabajos destinados a satisfacer las necesidades vitales del hombre, son los que humanizan la sociedad de los hombres: esos trabajos "poseen un remanente socializador", capaz de configurar el hogar y desde ahí desplegarse a otras sociedades más complejas (p. 93).

En el séptimo capítulo, la pregunta por el estatuto científico de los trabajos manuales y domésticos lleva a las realidades transcendentales del ser. En la razón práctico-poiética, la mente aparece "como medida configurante y creadora de la técnica y su verdad" (p. 95); como productora de las condiciones ordinarias que configuran la calidad de vida a que todo hombre aspira. La autora abre las puertas a un creciente interés por *cada* persona y su *cotidianidad*. Los profesionales del servicio doméstico valoran a la persona y la enriquecen por "ser simbólicos, comunicar valores y crear belleza" (p. 96). Y quien enriquece la cotidianidad y salva al hombre y a su hogar del funcionalismo rutinario, es la intrínseca capacidad de los trabajos domésticos: combinan lo propio de la técnica y su eficacia, con la creatividad del arte y su capacidad comunicativa y socializadora: "transforma lo más trivial en cultura, en humanidad" (p. 106).

A lo largo de las ciento veintiuna páginas, la autora va dando luz gradualmente a la fundamentación filosófica de la actividad humana, la función propia de la persona "cuya dignidad se ve expresada y acrecentada gracias al acto de trabajar" (p. 121).

Mª José Baños Atance

CLIFFORD, William K. — JAMES, William: *La voluntad de creer. Un debate sobre la ética de la creencia*. Introducción y notas de Luis M. Valdés. Traducción de Lorena Villamil. Tecnos, Madrid, 2003, 135 págs.

En el marco del resurgimiento del pragmatismo se publica en España este nuevo libro sobre el pensamiento de William James, esta vez, a modo de estudio comparativo en torno a un tema concreto: la creencia. Luis M. Valdés toma la polémica virtual entre el matemático y pensador inglés William K. Clifford y William James —digo virtual pues Clifford ya hacía diez años que había muerto cuando James publicó su popular obra *La voluntad de creer*— respecto a la ética de la creencia, respecto a qué es o no legítimo creer para los seres humanos. Además del excelente estudio que Valdés lleva a cabo en la primera parte del libro es importante destacar el trabajo de traducción del ensayo titulado *La voluntad de creer* que